

LAS MUJERES EN LAS NOVELAS DE CARMEN CONDE

Pilar Iglesias Aparicio
Investigadora independiente

Introducción

Carmen Conde es conocida, sobre todo, por su excelente poesía, bajo la forma de prosa poética o verso. Entre su ingente producción, se encuentran más de medio millar de artículos, ensayos, biografías, memorias, teatro y obras destinadas al público infantil, así como un libro de relatos, *Soplo que no vuelve* (1944) y ocho novelas, escritas entre 1935 y 1985 y publicadas entre 1944 y 2002¹. Aunque la mayoría de los estudios sobre la escritora giran en torno a su obra poética, existen también interesantes trabajos sobre sus novelas, sobre todo los publicados en 2012 y 2013 por la hispanista Lisa Nalbone², profesora de la Universidad de Florida Central, que ha sabido hacer una lectura actualizada de las mismas.

Aparte de las primeras, *Vidas contra su espejo* (1944)³ y *En manos del silencio* (1950)⁴, podemos diferenciar dos grupos de novelas, producidas en dos momentos diferentes de la vida de Conde: las escritas y publicadas en los años cincuenta, tras sus primeras salidas al extranjero: *Las oscuras raíces* (1953), y *Cobre* (1954), compuesta por dos novelas cortas: *Destino hallado* y *Solamente un viaje*; y las publicadas pasados más de veinticinco años, a partir del final de la década de los setenta: *La Rambla* (1977), *Creció espesa la yerba* (1979), *Soy la madre* (1980) y *Virginia o la calle de los balcones azules* (2002)⁵.

Este trabajo analiza, desde el punto de vista de la crítica literaria feminista, la importancia de las mujeres en la vida y obra de Carmen Conde. Se centra en algunos de los temas planteados y en las características de las protagonistas de las novelas *Destino hallado* y *Solamente un viaje*, *Las oscuras raíces*, *La Rambla*, *Creció espesa la yerba*, *Soy la madre* y *Virginia o la calle de los balcones azules*, y los paralelismos que pueden establecerse con la propia vida de la autora. Todas estas novelas tienen como protagonistas a mujeres, salvo *La Rambla*, en la que podríamos hablar de un protagonista colectivo: el pueblo sencillo y sus leyendas, junto con la amenaza de la destrucción provocada por las riadas y Paco, que vendrá a convertirse en símbolo de la muerte de los hombres en la mina, junto con la discreta figura de Rosa, su compañera.

¹ Publicada póstumamente, seis años después del fallecimiento de Carmen Conde.

² Lisa Nalbone. (2012). *The Novels of Carmen Conde: Toward an Expression of Feminine Subjectivity*, Newark: Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, 2012. «Border crossing and journeys of discovery: Carmen Conde's *Las oscuras raíces* y *Solamente un viaje*». *South Atlantic Review*, 78, 4/4, pp.59-74.

³ Escrita en 1935, y publicada en 1944 bajo el seudónimo de Florentina del Mar.

⁴ Escrita diez años más tarde que *Vidas contra su espejo*, en 1945 y publicada bajo su propio nombre.

⁵ Publicada póstumamente, seis años después del fallecimiento de Carmen Conde.

Interesa, en primer lugar, fijarnos en el contexto espacial y temporal en que se desarrolla cada una de las novelas. En *Destino hallado* son explícitas las referencias a la ciudad de Cartagena y al Paseo de Rosales y la Residencia de Señoritas de Madrid, siendo fácil establecer paralelismos biográficos entre Elisa, la protagonista, y la autora en el momento de publicar la novela. También coincide la edad de esta y la que dice tener Elisa: «Ya lo sabéis todo. No es mucho: una breve historia de mujer que arrancó del dolor, vivió en él y, por fin, conquistó la gloria de sentirse lograda en una vocación firmísima. Tengo cuarenta y cinco años exactamente y sé que todavía no he hecho nada de lo que puedo hacer. Y lo haré» (Conde, 1958, p.27)⁶. La temporalidad es precisa: transcurrió la infancia y adolescencia de Elisa como las de Carmen en la segunda década y primeros años veinte del siglo pasado. Los años de estudio en Madrid y posterior trabajo en el norte de España y colaboración con las Misiones Pedagógicas nos sitúan sin lugar a dudas en los últimos veinte y los años de la República. La guerra es mencionada directamente, haciendo evidente la destrucción que supone para la vida de Elisa y su familia como lo supuso para Conde.

Concreto e identificable es también el lugar donde transcurre *La Rambla*: el barrio de Santa Lucía en Cartagena, La Unión y la zona minera de Murcia. Pero la propia autora, en la «Advertencia al lector», previa al inicio de la novela, nos dice: «Esta novela fue escrita hace muchos años. También lo que pasa en ella pertenece a un pasado casi remoto. Ya nada es real, todo es ficción. No se busquen mapas, planos, cronologías. No servirían» (Conde, 1978, p.27)⁷. Quizás sea este un recurso para dotar a la novela del mismo valor simbólico y atemporal que tienen las historias narradas en la tienda de los *Popos*, o las que escuchaban extasiados los niños de boca de un anciano en *Cuentos del Romancero* (1978). Carácter simbólico que podemos también encontrar en *Soy la madre* y la figura de Laurencia.

Igualmente son concretas las referencias espaciales de *Creció espesa la yerba* y *Las oscuras raíces*: Madrid, Murcia y la costa levantina. La casa junto al mar se convierte en un «personaje» importante de esta última novela, al igual que sucede en *Virginia, o la Calle de los Balcones Azules*. Sin embargo, aunque las historias que se encadenan en *Las oscuras raíces* sucedan a lo largo de más de cuarenta años, no hay referencia alguna a hechos históricos, ni siquiera a la Guerra Civil, que, inevitablemente, tendría que haber marcado la juventud de Dolores y la infancia de Elisa. Y, en vez del realismo de otras de sus novelas (*Cobre*, *La Rambla*, *Soy la madre*) en cuanto a las precariedades económicas, Carmen dota a los personajes de *Las oscuras raíces* de una posición económica y social que les permite vivir sin limitaciones materiales, centrando la historia en un torbellino de pasiones y encuentros y desencuentros amorosos. Quizás esta ausencia de referencias históricas facilitó el visto bueno de la censura, que

⁶ Carmen Conde (1958) [1954]. *Cobre*. Madrid: Revista Literaria. Novelas y Cuentos.

⁷ Carmen Conde (1978). *La rambla*. Madrid: E.M.E.S.A.

interpretó la novela como una ejemplar historia de amor entre Elisa y Víctor, ignorando los adulterios, e incluso el delito cometido por Dolores, y la obtención del Premio Elisenda de Montcada en 1953.

Soy la madre tiene como escenario pequeños pueblos anónimos del interior, cuya austeridad evoca la estepa castellana y un Madrid del que la protagonista se niega a disfrutar, no visitando ni siquiera sus museos. De nuevo la atemporalidad y una ausencia absoluta de referencias al marco político y social en que se desenvuelve la historia. Sí es explícita la crítica directa al «cacique», abusador, violento y criminal, que provocará incluso la muerte de su propio hijo, y la valoración positiva de dos instituciones que muestran un carácter humanitario, representadas en las figuras de don David, el sacerdote, y don Muñoz, el médico. La presencia de la maestra, Rosalía, será un mero pretexto para crear un cierto triángulo amoroso, pero la descripción de la mala situación de las escuelas y el desinterés de familias y autoridades por la educación sí reflejan la propia experiencia de Conde en el tiempo en que ejerció como maestra en la pedanía cartagenera de El Retén, en 1930.

Podemos afirmar con José Luis Vicente Ferris, biógrafo de Conde, que su producción literaria constituye «la manifestación permanente de una experiencia vital, el diario poético, narrativo o dramático de una mujer que necesita de la palabra para justificar su posición en el mundo y para dejar constancia de su paso por la vida» (Ferris, 2007, p.4)⁸. El trabajo de Ferris y los epistolarios⁹ publicados muy recientemente, nos han permitido conocer de manera bien documentada la importancia que las mujeres tuvieron en la vida y la producción literaria de Carmen Conde. No solamente su relación con Amanda Junquera (1898-1986), desde aquel encuentro en una velada cultural en Murcia, el 3 de febrero de 1936, sino también su amistad con las escritoras Ernestina de Champourcín (1905-1999), Gabriela Mistral (1889-1957) o María Cegarra Salcedo¹⁰, entre otras, y esa amistad en la distancia temporal y espacial que estableció con Katherine Mansfield¹¹ en su «monólogo apasionado» (Díez de Revenga, 2021, p.196)¹². Al reflexionar sobre las mujeres de sus novelas, desde el punto de vista de la epistemología feminista, tenemos que tener en cuenta las

⁸ José Luis Vicente Ferris. *Vida y obra de Carmen Conde (1907-1996)*. Tesis doctoral. Universidad de Alicante. 2007.

⁹ *Epistolario (1927-1995)*. Ernestina de Champourcín y Carmen Conde. Edición de Rosa Fernández Urtasun. Madrid: Castalia, 2007. Y *Epistolario. Carmen Conde-Amanda Junquera (1936-1978)*, Edición de Fran Carceró y Cari Fernández. Madrid: Torremozas, 2021, publicado con motivo del 25 aniversario de su fallecimiento.

¹⁰ Con la que intercambié más de un centenar de cartas a lo largo de 1933. La amistad se truncó por diferentes motivos, detallados en la obra de Ferris.

¹¹ Entre el 7 de septiembre y el 9 de noviembre de 1935, Carmen Conde publicó en *El Sol* de Madrid cinco epístolas dirigidas a la escritora neozelandesa Katherine Mansfield (1888-1923). Incluyó una sexta en la primera edición exenta del libro, separata de la revista zaragozana *Doncel*, en 1948 y la séptima en la revista *Feria* en 1952. Conde las incluyó en su libro de memorias, *Por el camino viendo las orillas* (1986). La última edición, a cargo de Fran Garcerá, es la publicada en 2019 por la Editorial La Bella Varsovia, en conmemoración del 40 aniversario de la entrada de Carmen Conde en la Real Academia de la Lengua.

¹² Francisco Javier Díez de Revenga. «Actualidad de Carmen Conde». *MVRGETANA*. LXXII, 144, 2021, 187-202.

contradicciones y sincretismos presentes en la propia trayectoria vital de la autora.

Carmen Conde a través de las protagonistas de sus novelas

Imposibilidad de obtener «un final feliz»

Una constante en las novelas de Conde es la imposibilidad de que sus protagonistas consigan la realización de sus deseos y expectativas, sin verse obligadas a renunciar radicalmente a alguno de los aspectos de su vida, o, incluso a la propia vida, como en el caso de Ana (*Solamente un viaje*), Dolores y Silja (*Las oscuras raíces*) o *Virginia*.

Elisa, protagonista de *Destino hallado*, ha visto su infancia marcada por la preferencia de su madre hacia la hermana menor, Asunción; la amenaza de un posible problema de visión hereditario y su falta de belleza según los cánones de la época. Pese a todo, logra estudiar y trasladarse a vivir y ejercer como profesora en otra ciudad. Será entonces la guerra la que rompa su proyecto de vida.¹³ Solas las dos hermanas, con el hijo pequeño de Asunción, se trasladan a Madrid y Elisa, una vez más, supera las dificultades, encuentra una vocación personal como pintora, y podrá llegar a decir de sí misma: «Pinto como nunca había pintado una mujer en España. Y las que lo hagan después de mí tendrán que estudiarme, que aprenderme, que llevarme en los pinceles antes de, a su vez, hacer algo que sea el futuro de las demás» (Conde, 1958, p. 22). España se le queda pequeña y tras un viaje por varias ciudades francesas, se abre ante ella un futuro prometedor. Pero renunciará nuevamente a su proyecto vital, para cumplir ahora el mandato secular de las mujeres, dedicando su vida al cuidado de Asunción, hija mimada y novia y esposa enamorada, a quien la muerte de Agustín, su esposo, primero y la enfermedad después, han convertido en un ser débil y dependiente.

¹³ También la vida de Carmen Conde, como la de todo un pueblo, había quedado truncada con la Guerra Civil y sus consecuencias: anulados para siempre sus deseos de cursar estudios universitarios y trasladarse al extranjero con la beca recién concedida por la Junta de Ampliación de Estudios en 1936; miedo, necesidades y clandestinidad durante los primeros años de posguerra, siendo incluso procesada por «propaganda izquierdista», quedando el caso sobreesido en diciembre de 1944, aunque fue nuevamente denunciada en 1949, sin efecto legal. Amplia información en Ferris, 2007, pp. 549-561. Su denuncia del horror de la guerra ha quedado expresada en obras poéticas como *Mientras los hombres mueren*, (1939), publicado por primera vez en 1952, por la editorial Cesalpino de Milán.

Rosa (*La Rambla*) será un ejemplo de cómo la vida de las mujeres puede verse devastada por las consecuencias de los actos de los hombres, incluso aquellos cometidos antes de conocerlas. El pasado de Paco y su revelación pública no sólo lo afectará a él, sino a aquella sencilla mujer. Tendrá la sabiduría y la generosidad de brindarle a Paco argumentos para calmar su culpabilidad; lo acompañará tanto al abandonar el barrio como al regresar al mismo, cumpliendo su obligación de esposa, pero nada puede devolverle el afecto y la confianza que habían compartido durante años.

El sexo, el amor, el desamor serán la causa de la infelicidad para otras protagonistas, bien sea por la asfixiante rutina matrimonial, o por los triángulos amorosos provocados por el adulterio de los hombres.

Insatisfacción en la vida de las mujeres. El matrimonio como espacio asfixiante para la mujer.

Conde publicó *Las oscuras raíces* y *Cobre* en los primeros cincuenta, reiniciada la convivencia con Antonio Oliver en Madrid, tras la larga separación impuesta por la guerra y la clandestinidad¹⁴. Diferentes aspectos de la vida de Conde quedan reflejados en estas novelas, aunque de manera velada, sin que pudieran entonces leerse en ningún caso como autobiografía.

Desde el inicio de *Solamente un viaje* conocemos la insatisfacción de Ana dentro de su matrimonio y las causas de la misma: «Desde antes de casarse no había experimentado Ana aquella satisfacción de sentirse cerca de Pedro, a que estaba acostumbrada durante el largo y tormentoso noviazgo» (Conde, 1958, p.28). Ante la mezquindad de Pedro, cuya tacañería contrasta con su exigencia y continua insatisfacción respecto a la comida y las atenciones que su esposa debe dispensarle, sus continuas críticas y sus celos de toda independencia y éxito que esta pueda conseguir, Ana, para mantener una aparente tranquilidad, se ve reducida al silencio y la soledad interior. Sus deseos, expectativas y aspiraciones no cuentan en absoluto, solo el cumplimiento de las obligaciones impuestas a la mujer en el sistema patriarcal, bien reforzado en el marco del nacionalcatolicismo franquista: «Muchas cosas, ¡ay, muchas! Se habían convertido en “su obligación”. Si se quiere, hasta la caricia era de su obligación.

¹⁴ Desde 1939 Conde residió en Madrid con Amanda Junquera y su esposo Cayetano Alcázar, mientras Oliver permaneció en Murcia, en casa de su hermana, tras haber sido puesto en libertad por la intervención de su hermano Francisco de Paula, pero cumpliendo condena de prisión atenuada hasta 1945.

Solamente esto importaba: cumplirla» (Conde, 1958, p. 29)¹⁵. Claro paralelismo con la situación real vivida por la propia Conde en su matrimonio.

Carmen Conde contribuyó siempre a la imagen idílica de su relación con Antonio Oliver, e insistió repetidamente en la influencia decisiva de este en su obra literaria. Sin embargo, en la correspondencia con José Moya Ketterer y Ernestina de Champourcin del año 28, y en misivas del propio Oliver a Conde, quedan patentes los celos de este y el intento de controlar la vida y la obra literaria de la autora ya durante su noviazgo. En carta de 7 de enero de 1928, Oliver lanza este desesperado grito de posesión y despersonalización propia y de la persona amada: «Por tenerte mía, no sé qué voy a hacer. De no tenerte mía, no sé dónde puedo ir. Compréndeme. En los días de mis decaimientos no me quites lo que únicamente mío y sobre lo que tú no tienes ya derecho» (Ferris, 2007, p. 297)¹⁶. Lo que en otras épocas ha sido considerado expresiones de amor romántico, no podemos ya calificarlo sino como chantaje emocional, una forma de auténtica violencia psicológica, que impide el desarrollo de una relación basada en la igualdad y el respeto a la libertad y la realización de ambas personas. El intento de posesión y control de la mujer por parte del hombre, signo de inseguridad y egoísmo, que tanto agobiará a Carmen Conde durante su noviazgo y su matrimonio, aparece reflejado en la actitud de Pedro. Ello no refuerza el amor, sino que Ana se siente asfixiada. Imagina comunicar a Pedro por carta su voluntad de quedarse a trabajar en Venecia. Sin embargo, inicia el regreso a Madrid junto con Silvia: «La rutina se reanudaría con exactitud cronométrica. Si en algo había animación sería solo en las discusiones con Pedro. Tendría que insensibilizarse, que olvidar enérgicamente todo lo admirado» (Conde, 1958, p. 47). Mejor dejarse arrastrar «por un misterioso poder» (Conde, 1958, p. 47) y caminar decidida hacia su muerte.

Pese a sus deseos de libertad absoluta y amor sin barreras de ningún tipo expresado en la correspondencia entre Champourcin y Conde, ambas jóvenes escritoras cumplieron el mandato social y se casaron, Carmen con Antonio Oliver en diciembre de 1931 y Ernestina en 1936 con el también escritor Juan José Domenchina (1898-1959). La correspondencia con Champourcin ofreció a Conde una especie de «viaje» a un espacio propio, íntimo y libre donde expresar sus emociones, deseos, frustraciones y nutrirse emocional e intelectualmente. Carmen pidió a Ernestina que ambas quemasen las cartas que se enviaban para poder permitirse absoluta libertad en sus manifestaciones. Sin embargo, aunque las suyas han desaparecido, ella sí conservó las cartas de Ernestina. Un curioso

¹⁵ Encontramos crítica similar en numerosas obras literarias escritas por mujeres, de las que cabe evocar aquí el relato de la mexicana Rosario Castellanos, *Lección de cocina* (1971), y la novela de Elena Fortún, *Oculto Sendero*, escrita durante su exilio en Buenos Aires y publicada en 2016.

¹⁶ Mantiene Oliver un comportamiento muy similar al de Jorge con M.^a Luisa en *Oculto Sendero*, en el que subyace la inseguridad del hombre para aceptar la independencia y mayor capacidad intelectual de la mujer, dentro de una sociedad profundamente patriarcal; inseguridad probablemente reforzada en el caso de Oliver por la debilidad provocada por la enfermedad de corazón crónica que sufría.

juego de ambigüedad y un legado inconsciente para la historia¹⁷. La amistad de Champourcin fue un apoyo no solo emocional sino también intelectual y literario¹⁸ para Carmen Conde.

El peso de la conceptualización social del amor y la relación sexual como posesión de la mujer por el hombre, brota una y otra vez en el lenguaje que Conde sigue utilizando muchos años más tarde, por ejemplo, en *Soy la madre y Virginia*. Conde nunca se separó de Oliver y vivió con él en Madrid desde 1945 hasta su muerte en 1968, con el peso de sus recriminaciones y la dedicación a su cuidado que su enfermedad le requería. Sí fue conocedor Oliver del amor entre Carmen y Amanda que no podía ser desconocido tampoco para Alcázar. Las convenciones sociales, el castigo social que hubiera podido implicar para sus carreras profesionales y quizás la enfermiza naturaleza de Oliver pesaron para mantener esa «doble vida» con el coste emocional que no dejaría de suponer para todas las personas implicadas. El amor de Amanda aparece, en los poemas de Carmen, bien distinto al intento posesivo de Oliver, un espacio donde ella podía crear y respirar en libertad: «No he sido yo tan yo nunca / En la tierra nunca me ofreció nadie esta holgura / que deja que me nazcan los poemas: / que empuja a mi creación, que la libera / (Conde, *Canto a Amanda*, 1945, publicado en edición privada en 1951).

Política sexual patriarcal. Violencia sexual. Adulterio masculino y triángulos amorosos.

Dentro de los comportamientos masculinos con funestas consecuencias para las mujeres destaca en primer lugar la violencia ejercida por don Diego, el cacique, contra Laurencia. En *Soy la madre*, Conde crea una obra a caballo entre *Fuenteovejuna* y la tragedia griega. Laurencia expresará repetidamente a lo largo de la novela que su mayor dolor no se debe a la «pérdida de la honra» o el descrédito social, sino al hecho de que la brutal agresión la ha impedido gozar sexualmente, no solo aquella primera vez, sino durante sus pocos años de

¹⁷ Similar al «abandono» por parte de Elena Fortún de su novela *Oculto sendero*, abierto alegato contra la política sexual que asfixia a las mujeres y defensa del amor homosexual. Lo que no se permitió realizar en su propia vida, lo hizo realidad a través de la protagonista de *Oculto sendero*. Al no destruir el texto, aunque nunca intentase publicarlo en vida, hizo posible la publicación de la obra gracias a Marisol Dorao, muchos años más tarde.

¹⁸ En 1929, cuando Conde pudo viajar a Madrid, Champourcin influyó positivamente para la publicación de su primera obra, *Brocal*, y a través de ella, Carmen entró en contacto con las escritoras hispanoamericanas Juana de Ibarbourou, Dulce María Loynaz, Alfonsina Storni o Gabriela Mistral, las españolas Josefina de la Torre, Concha Espina, Concha Méndez o Sofía Casanova; y otras figuras del feminismo español de la época como Margarita Nelken, Irene Falcón, las artistas Norah Borges y Maruja Mallo, y María de Maeztu, entonces directora de la Residencia de Señoritas, donde Conde tuvo ocasión de alojarse, siendo el lugar de su primer encuentro con Champourcin el Lyceum Club, otro punto clave en el feminismo de la época. Mientras disfrutaba del acceso a esos espacios de libertad para las mujeres, recibía a diario las cartas culpabilizadoras de su novio.

matrimonio con Juan. Sólo después de casi veinte años, recuperará la capacidad de atracción sexual hacia otro hombre, Marcos Rojas, y la posibilidad de gozar sexualmente con él. La violencia sexual del cacique, y el asesinato del marido de Laurencia del que también es responsable, quedan impunes, recibiendo tan solo la censura moral del cura y el médico.

Aborda también Conde la pasión, el deseo sexual de las mujeres y las relaciones sexuales y amorosas en *Las oscuras raíces*, *Creció espesa la yerba y Virginia o la calle de los balcones azules*. Pero son relaciones que se tornan imposibles y devienen fuente de sufrimiento por diferentes circunstancias, incluido los triángulos amorosos reales o imaginarios provocados por el adulterio masculino¹⁹.

La vida de Dolores, pese a su riqueza y su aparente libertad e independencia, ha estado marcada por un amor imposible, que la ha llevado incluso a cometer un delito: el rapto de Elisa, niña de cuatro años, hija de su amante. Blanca, madre de Víctor, y Lucía, madre de Elisa, (*Las oscuras raíces*) han conseguido en sus vidas una cierta serenidad y disfrutaban de su rol materno y, en el caso de Lucía, de la recuperación de la hija perdida, pero renunciaron para siempre a la posibilidad de una relación amorosa, aunque el esposo adúltero sí estableciera nuevas relaciones como en el caso del padre de Víctor y esposo de Blanca.

Las oscuras raíces y *Solamente un viaje* terminan con dos parejas compuestas por mujeres muy jóvenes, Silvia y Elisa, y hombres entre diez y veinte años mayores que ellas: Víctor y Giorgio. Pesa sobre estas relaciones, aparentemente idílicas, la sombra de otras mujeres: Elsa, la amante de Giorgio, con quien este intenta romper al final de la novela, y Silje, autoinmolada en el fuego de la casa de la playa provocado por ella misma. Dos mujeres víctimas también de un triángulo amoroso, en el caso de Silje y Víctor, involuntario por parte de este.

Laurencia, la protagonista de *Soy la madre*, no solo es la víctima por excelencia de la brutalidad del cacique. Además, decide voluntariamente vivir sacrificada por su hijo. Curiosamente, esta mujer, imagen de la renuncia y el sacrificio, es la única que consigue al final de la novela el cumplimiento de sus deseos: una relación amorosa basada en el respeto, la pasión y el afecto mutuo, y el regreso al lugar donde quiere vivir. Un oscuro mensaje de que resulta inevitable que las mujeres paguen siempre un duro precio para conseguir sus deseos.

Virginia y Adrián han burlado las convenciones sociales al establecer una relación amorosa en la que la diferencia de edad se sale de los patrones

¹⁹ Fácil es suponer que aludir a un adulterio femenino hubiera impedido la publicación de la obra y hubiera resultado demasiado humillante para Oliver mientras vivía.

aceptados. Sin embargo, los obsesivos celos de Virginia por el posible desamor y abandono futuro, y los de Adrián por los amores del pasado de Virginia, convierten la relación en un permanente sufrimiento, sobre todo para ésta, y conducen al desenlace de su suicidio.

La búsqueda de la realización personal a través del viaje

Como dice Lisa Nalbone (2013, p. 59), refiriéndose a las protagonistas de *Las oscuras raíces* y *Solamente un viaje*, también aplicable a la Elisa de *Destino Hallado*: «las mujeres retratadas en estas novelas están inmersas en trampas sociales que las impiden alcanzar una realización personal que consiguen a través de sus viajes»²⁰. La autora les brinda la metáfora del viaje «para escapar de la monotonía de una existencia a ras de suelo y subvertir la pasividad asignada repetidamente a los roles femeninos en la sociedad franquista» (Nalbone, 2013, p. 60). Tanto en *Las oscuras raíces* como en las dos obras que componen *Cobre*, los viajes tienen también una función educativa, de descubrimiento y goce del arte, la cultura y el conocimiento de otros pueblos y costumbres. Las protagonistas son mujeres cultas, independientes²¹, capaces de viajar solas o acompañando a otra más joven y de resolver las cuestiones prácticas derivadas del viaje. En años de autarquía y gran carencia material, Conde les otorga independencia económica: bien por poseer bienes propios como Dolores, por recibirlos de su madre como Silvia (*Solamente un viaje*) o Elisa (*Las oscuras raíces*), o por lograrlos con el propio trabajo como la otra Elisa²² (*Destino hallado*), Laura (*Creció espesa la yerba*) o Ana (*Solamente un viaje*). A ello se une otro detalle, poco frecuente en la época: saben conducir y en varios casos, poseen su propio vehículo e incluso vivienda propia. Sin embargo, sus destinos parecen estar marcados y limitados por el hecho de ser mujeres.

En todas las novelas, el viaje tiene también mucho de simbólico: ruptura de límites, transgresión de normas, posibilidad de comportamientos y experiencias prohibidas o imposibles en su vida cotidiana anterior, apertura a nuevos horizontes, y, sobre todo en el caso de *Creció espesa la yerba*, un viaje interior al propio pasado de Laura, que le servirá para comprenderse a sí misma y comprender a su hermana mayor, ambas víctimas de un adulterio masculino,

²⁰ Traducción del inglés de la autora del artículo

²¹ Que nos recuerdan a las «mujeres nuevas» de la Residencia de Señoritas y el Lyceum Club.

²² Curiosamente, Carmen Conde utiliza el mismo nombre, Elisa, para la protagonista de *Destino hallado* y la coprotagonista de *Las oscuras raíces*. No disponemos de datos para afirmar si existía alguna intencionalidad por parte de la autora al hacerlo. También repite el nombre de Pedro en *Solamente un viaje* y *Las oscuras raíces*, sin existir similitud entre los personajes.

al que se añade la gravedad de consistir al inicio en prácticamente la violación de una menor por parte de su cuñado.

Los viajes descritos en *Cobre* y *Las oscuras raíces*, repiten los recorridos de los realizados por Conde a la Costa Brava y Londres en 1949, e Italia, Ámsterdam y Bruselas en 1952²³. Recordemos aquí otro viaje presente en los recuerdos de Conde: el realizado con Amanda Junquera cuando Alcázar fue destinado a la Universidad de Valencia en 1936. Ese viaje de cinco días²⁴ incluyó una estancia en el Peñón de Ifach, recogida bellísimamente por Carmen Conde en *Sostenido ensueño* (1938, inédito hasta 1966)²⁵.

En este sentido, destacamos otro paralelismo con la vida de Carmen Conde, ya que los viajes implican el enriquecimiento que supone para las protagonistas la amistad: de hombres en el caso de Elisa (*Destino hallado*), y de mujeres en el resto de los casos, y la influencia de la relación con otras mujeres²⁶ en la vida intelectual, cultural, artística, de las protagonistas, incluida la establecida entre una mujer muy joven y otra de mediana edad²⁷.

La maternidad

Conde fue hija única y se le conoce un único embarazo, que terminó con la muerte fetal de su hija, que se hubiera llamado María del Mar, en octubre de 1933. La maternidad está presente, de diferentes maneras en las novelas objeto de este trabajo, aunque no siempre con formas heterodoxas. Encontramos mujeres sin hijos, Ana y Rosa, como lo fueron Conde y Amanda Junquera. Mujeres que actúan como madres de otras mujeres que no son sus hijas biológicas: Elisa respecto a su hermana Asunción; la hermana de María en *Creció espesa la yerba*; y el caso extremo de Dolores que rapta, cría, educa y lega su fortuna, a Elisa, la hija de su amante, ejerciendo una forma de violencia contra la madre biológica y la niña y una utilización de esta, al utilizarla para sustituir al hombre al que Dolores seguirá amando a través de ella. También madres biológicas, como

²³ Tras haber conseguido obtener el pasaporte en 1948. Viajes realizados junto con Amanda Junquera y el esposo de ésta, Cayetano Alcázar.

²⁴ Carmen dejó a su madre en Murcia al cuidado de su cuñada María y otras amistades, y se trasladó a Valencia con Amanda, con el objetivo de permanecer junto a ella y estudiar en la Universidad.

²⁵ *Sostenido ensueño* está dedicado a Amanda, como consta en la dedicatoria de uno de los manuscritos que se han conservado: «Para Amanda, a cuyo costado se escribió toda mi obra del tiempo dramático inolvidable. Suya. Carmen» (En Ferris, 2007, p. 503). Viene a ser la narrativa del descubrimiento del amor con Amanda, su viaje a Ifach, y sus separaciones para acudir a visitar a Oliver, voluntario en el Frente Sur, así como la expresión de una voluntad de libertad y la decisión de romper con todas las ataduras sociales.

²⁶ Amistad que quizás incluye una relación homosexual en el caso de los encuentros de Dolores con Ena y Melayna en sus viajes de juventud (*Las oscuras raíces*).

²⁷ Como sucedía en el caso de Conde y Gabriel Mistral o Katherine Mansfield, a quien considera una amiga real en sus *Cartas*.

Blanca o Lucía, cuya vida gira en torno a su maternidad, tras haber sido abandonadas por sus esposos. Pero la figura de la madre por antonomasia en la obra de Conde es Laurencia.

Terminemos, pues, este trabajo con unas palabras sobre *Soy la madre*, Premio Ateneo de Sevilla en 1980. En el inicio de la novela encontramos una figura de mujer imponente, fuerte e inteligente, capaz de paralizar a los violentos lacayos del cacique. Una figura mítica de la madre, que se arriesga y urde un sagaz engaño para salvar la vida de su hijo. Una mujer, sin edad, ni rostro, que podríamos situar en cualquier escenario de violencia. Una mujer que recuerda la voz potente e increpante de Eva en *Mujer sin Edén* (1947).

Esta fuerza inicial de Laurencia, va quedando desdibujada a medida que avanza la novela. Sabremos que se trata realmente de una mujer de poco más de treinta años, pobre, sencilla, inculta, pero trabajadora, inteligente, bella, aunque ella misma lo ignore, con sentido de su dignidad, que no se doblega ante su violador. Lo que viene a resultar inexplicable es que, en 1980, con todo su acervo de experiencia vital y literaria, Carmen Conde cree un personaje de madre excesivamente sobreprotectora que coloca como centro de todo su proyecto vital a su hijo, y se cierra a cualquier posibilidad de disfrutar de la vida, llegando a manifestar una especie de celos de joven nuera. El hijo queda así convertido en un joven sin capacidad de decisión que pasa de depender de su madre y la fortuna heredada por esta, a depender de su joven esposa, Aurora, mucho más madura e independiente que él.

¿Cuál será el provenir de ese matrimonio? ¿Hasta cuándo soportará Aurora ser la segunda madre de Francisco? Al menos, el matrimonio de Francisco y Aurora será el recurso que permita a Laurencia el corte del cordón umbilical con el hijo y el inicio de su propio proyecto como mujer junto a Marcos Rojas. Quizás Conde mantuvo siempre, pese a su capacidad de independencia y sus altísimos logros literarios, la creencia social de que el mandato principal para una mujer era el del sacrificio en la maternidad.